

Carlos Finlay, el Hombre

Antes de señalar las vicisitudes de Finlay para estructurar y probar su teoría, echemos una ojeada a la historia de su vida. Nació en Puerto Príncipe (ahora Camagüey), Cuba, el 3 de diciembre de 1833. Su padre Eduardo Finlay, de origen escocés, había nacido en Hull, Inglaterra, en 1795, y se había educado en Edimburgo y en Francia. Siendo aún estudiante de medicina, Eduardo partió con un hermano suyo hacia la América del Sur para unirse a un contingente británico que peleaba a las órdenes de Bolívar por la independencia de Venezuela, pero el navio zozobró, y en 1826 encontramos a Eduardo en Puerto España, Trinidad, donde empezó a ejercer la medicina y donde contrajo matrimonio con Elisa de Barrés, de ascendencia francesa. En 1831 se trasladaron a Cuba y fijaron su residencia en Puerto Príncipe, donde nació Carlos Finlay. En 1834 la familia se trasladó a La Habana, donde el padre ejerció la medicina hasta su muerte, ocurrida en 1872.

Carlos Finlay fue un estudiante desde su niñez. A temprana edad aprendió a hablar inglés, francés y alemán, además de español. En 1846 y 1848 estudió en Alemania y en Francia con intenciones de hacerse médico en Rouen y París; pero en 1851 un ataque de fiebre tifoidea le obligó a regresar a su hogar a La Habana para convalecer. Ya para esta fecha Finlay estaba versado en lenguas, en los clásicos, en historia, en literatura y en física. Deseoso todavía de seguir la carrera de su padre, se trasladó a Filadelfia y empezó sus estudios en el Jefferson Medical College, bajo la dirección del doctor John Kearsley Mitcheil. Era para ese tiempo asistente del Dr. Mitcheil su hijo, S. Weir Mitcheil quien llegó a ser luego famoso. Entre él y el joven Finlay nació una estrecha amistad que duró toda la vida.

Finlay se doctoró en medicina en 1855, pero en vez de establecerse en Nueva York como le aconsejaba S. Weir Mitcheil, regresó a La Habana. Aumentó sus conocimientos médicos en el Perú y en París, ejerció por algún tiempo en Matanzas, Cuba, y finalmente se estableció en La Habana de manera definitiva. En 1865 contrajo nupcias con Adela Shine, joven de ascendencia irlandesa, cuyo padre, nativo de Cork, se había establecido en Puerto España. Adela, nacida en Puerto España, se había educado en un convento de Cork. Muertos sus padres, Adela fue a vivir con

una hermana casada con James Murphy, hombre de negocios cuyos intereses en las Indias Occidentales le habían hecho fijar su residencia en La Habana.

Del matrimonio de Carlos Finlay y Adela Shine nacieron tres niños, de los cuales el mayor, Carlos E., estudió medicina en la ciudad de Nueva York, y siguiendo el ejemplo de su padre y su abuelo, se estableció en La Habana. Fue él quien, a instancias de los admiradores de su padre, escribió el libro "Carlos Finlay y la Fiebre Amarilla", que editó en Nueva York en 1940 la Oxford University Press. Es una bella obra en que el hijo distinguido, con dignidad y con modesto orgullo, relata la historia de Carlos Finlay y los hechos relativos a la fiebre amarilla y a su conquista.

Aunque Carlos Finlay presentó al mundo en 1881 su teoría de que la fiebre amarilla la transmite un mosquito, los incrédulos no la aceptaron hasta el quinquenio de 1900 a 1905. cuando quedó comprobada de manera irrefutable, y se erradicó de La Habana la plaga, que venía cebándose de vidas humanas desde hacía 140 años.

Finlay continuó sus investigaciones y su trabajo en este campo. En 1902 se le nombró Jefe de Sanidad de Cuba, y desempeñó el cargo hasta 1909. Desde esa fecha hasta su muerte, ocurrida a la edad de 82 años, el 20 de agosto de 1915, vivió retirado de la vida pública. El Gobierno cubano, al hacerle exequias públicas, rindió honores póstumos al insigne ciudadano.

Perpetúan la gloria de su nombre el Instituto Finlay de Cuba, que se dedica principalmente al estudio de la medicina tropical, la Orden de Mérito de Finlay, establecida en 1928 por el Gobierno cubano para premiar trabajos excepcionales en el campo de la salubridad pública, las distinciones y los honores conferidos por gobiernos y sociedades científicas de ambos hemisferios, y los trabajos de los historiadores que tratan asuntos médicos en relación con el descubrimiento y la colonización del Nuevo Mundo.